



LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA

MATERIA: ANTECEDENTES DEL MÉTODO CLÍNICO LPF309

ALUMNA: MARÍA JULIETA VILLARREAL CARRASCO

TEMA: DE LA CRUZ A LA GLORIA

FECHA: 27/ 04/ 2026

LUGAR: CD. JUAREZ CHIHUAHUA

DE LA CRUZ A LA GLORIA: EL DESARROLLO DE LA SALVACIÓN EN EL CREYENTE

Introducción

La salvación es la obra más gloriosa de Dios revelada en las Escrituras. Desde la eternidad, incomprensible por la mente humana, Dios trazó un plan perfecto para rescatar al hombre caído, reconciliarlo consigo mismo y conducirlo a la vida eterna. Este plan no es una serie de “actos aislados”, sino una cadena armoniosa de bendiciones divinas en la que cada doctrina se relaciona con la siguiente. Desde la persona de Cristo hasta la perseverancia final de los santos, todo manifiesta la gracia, la justicia, el amor y la soberanía de Dios hacia el ser humano.

El hombre, creado a imagen de Dios, cayó en pecado y quedó espiritualmente muerto, separado y alejado de su Creador Santo sin la capacidad de autosalvarse o restaurar completamente su relación con Dios. Por consecuencia, su entendimiento fue entenebrecido, su voluntad esclavizada y su corazón inclinado al mal. Ante esta condición desesperada, Dios actuó primero soberanamente en Cristo para proveer redención. En Jesucristo encontramos al Mediador perfecto, quien no solo obtuvo la

salvación mediante su obra consumada en la cruz, sino que la aplica eficazmente por medio del Espíritu Santo.

El estudio de estas doctrinas permite comprender el desarrollo de la salvación en la vida del creyente. Cristo la obtiene; el Espíritu la aplica; y el Padre la planeó desde la eternidad. Desde la cruz hasta la gloria, la salvación es completamente del Señor, un regalo inmerecido para una creación insignificante más importante para Dios.

Los Ministerios de Cristo

Toda la salvación gira en torno a la persona y obra de Jesucristo. Él es el Mediador perfecto entre Dios y los hombres, y ejerce un triple ministerio: Profeta, Sacerdote y Rey.

Como Profeta, Jesús revela la voluntad de Dios para la salvación de todo pecador, alejado de Él. En el Antiguo Testamento, vemos a Dios hablando por medio de profetas; pero, más adelante, en Cristo se manifestó la revelación final y perfecta. Él enseñó con autoridad, expuso la verdad divina y anunció el reino de Dios de redención. Su ministerio profético se manifestó antes de su encarnación, durante su vida y ministerio terrenal y continúa hoy por medio de su Espíritu y de la Palabra.

Como Sacerdote, Cristo se ofreció a sí mismo como el único sacrificio perfecto por el pecado. A diferencia de los sacerdotes del Antiguo Testamento, cuyos sacrificios eran repetidos e imperfectos, Cristo murió una vez y para siempre. Su sacrificio fue sustitutivo, expiatorio y propiciatorio. Además, continúa intercediendo por su pueblo delante del Padre, asegurando su preservación espiritual.

Como Rey, Cristo gobierna soberanamente sobre su Iglesia y sobre el universo. Su reino es espiritual en el presente, pues reina en el corazón de los creyentes; pero tendrá una manifestación visible y gloriosa en el futuro. Él protege a su pueblo, derrota a sus enemigos y dirige todas las cosas conforme a sus propósitos eternos.

Este triple ministerio muestra que Cristo satisface perfectamente cada necesidad del hombre: ilumina su ignorancia como Profeta, expía su pecado como Sacerdote y gobierna su vida como Rey.

La Redención por Cristo

La redención es la obra central del evangelio. Consiste en que Cristo pagó el precio del pecado, satisfizo la justicia divina y liberó al pecador de la culpa y condenación.

La causa motriz de la redención fue el amor de Dios, pero su necesidad surgió de su justicia. Dios no podía ignorar el pecado. Su santidad exigía castigo. El hombre, por sí mismo, jamás podría satisfacer la justicia divina. Por ello, Dios proveyó un Sustituto perfecto en la persona de Cristo.

La redención fue anticipada en el Antiguo Testamento mediante sacrificios y figuras. El sistema levítico enseñaba que sin derramamiento de sangre no había remisión. La imposición de manos sobre la víctima representaba simbólicamente la transferencia del pecado.

Cristo cumplió perfectamente estas figuras. Su muerte fue vicaria, es decir, en lugar de otros. Cargó con la culpa del pecador y sufrió la pena correspondiente.

En esta obra se distinguen dos aspectos: la obediencia activa y la obediencia pasiva de Cristo. En la activa, Cristo cumplió perfectamente la ley; en la pasiva, sufrió y murió bajo la maldición del pecado. Gracias a ambas, el creyente recibe perdón y justicia.

La redención no solo hace posible la salvación; la asegura eficazmente para aquellos por quienes Cristo murió.

La Doctrina de la Aplicación de la Obra de Redención

La obra redentora obtenida por Cristo debe ser aplicada al hombre. Esta aplicación comienza con la gracia común. La gracia común es aquella operación de Dios mediante la cual restringe la manifestación total del pecado, preserva el orden social y concede bendiciones temporales a toda la humanidad.

Gracias a esta gracia, el mundo no se encuentra completamente sumido en el caos moral. Dios usa la conciencia, la ley civil, la opinión pública y otros medios para contener la maldad humana. Además, la gracia común permite que los no regenerados realicen cierto bien externo o civil. Aunque estas obras no son espiritualmente buenas, pueden beneficiar a la sociedad.

Sin embargo, la gracia común no salva. No regenera el corazón ni produce fe. Su propósito es preservar el mundo y permitir el desarrollo del plan redentor mostrando paciencia y misericordia de Dios al sostener la historia hasta que su propósito eterno se cumpla.

Llamamiento y Regeneración

La aplicación salvadora de la redención comienza de manera especial con el llamamiento y la regeneración. El llamamiento es el acto de Dios mediante

el cual invita a los pecadores a la salvación. Se distingue entre llamamiento externo e interno.

El llamamiento externo se realiza por medio de la predicación del evangelio. Es universal en cuanto a su proclamación y deja sin excusa a quienes lo rechazan.

El llamamiento interno es la obra eficaz del Espíritu Santo. Ilumina la mente, inclina la voluntad y mueve el corazón para responder a Cristo. Ligada al llamamiento está la regeneración, o nuevo nacimiento. Es el acto soberano de Dios por el cual imparte vida espiritual al alma muerta. La regeneración no es una reforma moral, sino una nueva creación. Cambia la mente, los afectos y la voluntad del hombre. Es absolutamente necesaria, porque el hombre está espiritualmente muerto e incapaz de responder a Dios por sí mismo, exalta la soberanía divina y humilla el orgullo humano.

La Conversión, Arrepentimiento y Fe

La conversión es la respuesta consciente del hombre a la obra regeneradora de Dios.

Incluye dos elementos inseparables: arrepentimiento y fe. El arrepentimiento implica reconocimiento del pecado, tristeza genuina por

haber ofendido a Dios y propósito de abandonarlo. No debe confundirse con remordimiento emocional. La fe salvadora implica conocimiento, asentimiento y confianza personal en Cristo. No basta conocer hechos sobre Él; es necesario descansar en Él como Salvador.

La conversión puede ser dramática o gradual. Algunos experimentan una crisis evidente; otros una transformación más progresiva. Dios es el autor principal de la conversión, pero el hombre coopera respondiendo conscientemente bajo la influencia de la gracia. La conversión evidencia externamente la nueva vida implantada por Dios.

La Justificación

La justificación es uno de los actos más gloriosos de la salvación.

Es el acto judicial de Dios por el cual declara justo al pecador sobre la base de la justicia de Cristo imputada por la fe.

Incluye dos elementos: el perdón de todos los pecados y el derecho a la vida eterna.

No transforma internamente al hombre; cambia su posición legal delante de Dios.

La fe es el instrumento por el cual se recibe la justicia de Cristo. No tiene mérito en sí misma. Como fruto de la justificación, el creyente tiene paz con Dios y es adoptado como hijo. Esta doctrina trae seguridad, descanso espiritual y libertad de condenación. El creyente es aceptado no por lo que hace, sino por lo que Cristo hizo.

Santificación y Perseverancia

La santificación es la obra progresiva del Espíritu Santo mediante la cual el creyente es transformado a la imagen de Cristo.

Tiene dos aspectos: la mortificación del viejo hombre y la vivificación del nuevo hombre.

El creyente debe hacer morir el pecado y crecer en obediencia, amor y consagración.

Aunque es obra de Dios, el creyente coopera diligentemente usando los medios de gracia. La santificación afecta toda la vida, pero permanece incompleta en esta vida. El creyente continúa luchando contra el pecado.

Como fruto de la santificación surgen las buenas obras, que glorifican a Dios y evidencian la fe genuina. La perseverancia de los santos enseña que aquellos a quienes Dios ha salvado serán guardados hasta el fin.

La seguridad del creyente descansa en la fidelidad de Dios, quien sostiene, corrige y preserva a los suyos. La doctrina de la santificación y perseverancia produce esperanza, seguridad en medio de la lucha espiritual.

Conclusión

El estudio de estas doctrinas revelan la perfección del plan redentor de Dios. Desde la eternidad, el Padre planeó la salvación; el Hijo la obtuvo mediante su vida, muerte y resurrección; y el Espíritu Santo la aplica eficazmente al creyente.

Cristo, en sus ministerios, satisface cada necesidad del hombre. La redención resuelve el problema del pecado. La gracia de Dios preserva y salva. El llamamiento y la regeneración dan vida. La conversión manifiesta la respuesta del hombre. La justificación cambia su posición legal. La santificación transforma su vida. Y la perseverancia asegura su glorificación final. Así, la salvación es completamente del Señor. Desde la cruz hasta la gloria, cada paso exalta la gracia divina.

“Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén.”

Romanos 11:36